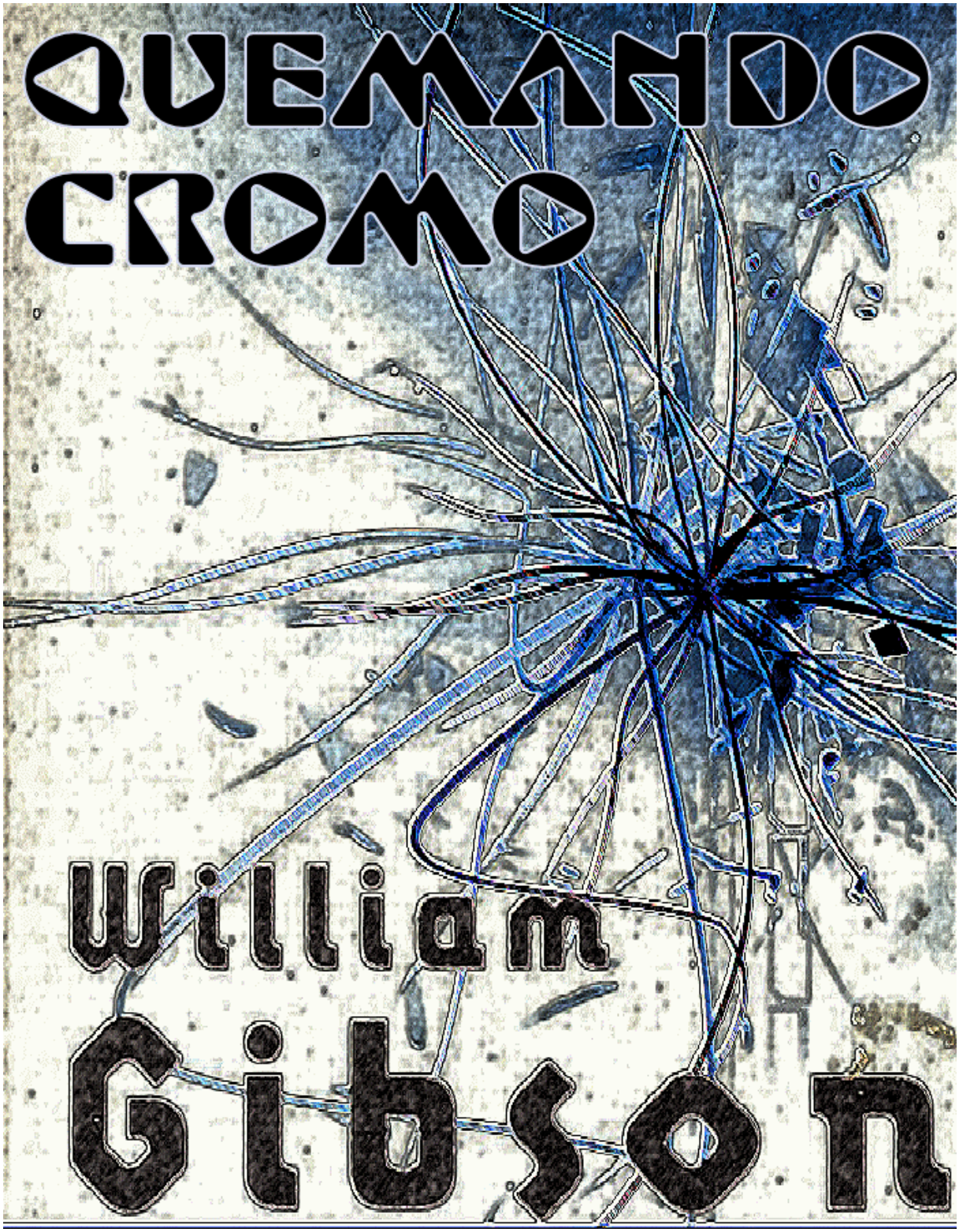
QUEMANDO CROMO
WILLIAM GIBSON



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Hacía calor, la noche en que quemamos a Cromo. En los paseos y en las plazas, las mariposas se mataban a golpes contra el neón, pero en la buhardilla de Bobby la única luz salía de la pantalla de un monitor y de los testigos rojo y verde del panel frontal del simulador de matriz. Me sabía de memoria todos y cada uno de los chips del simulador de Bobby; era como cualquier Ono-Sendai VII de trabajo diario, el «Cyberspace Seven», pero lo había reconstruído tantas veces que costaría un triunfo encontrar un milímetro de circuito original a lo largo de todo aquel silicio.

Esperábamos codo a codo frente a la consola del simulador, mirando la ventana del reloj en la esquina inferior izquierda de la pantalla.

–Adelante –dije, cuando llegó la hora, pero Bobby ya estaba allí, inclinándose para empujar con el talón de la mano el programa ruso en la ranura. Lo hizo con la rigurosa elegancia de un niño que mete monedas en una videogalería, seguro de ganar y listo para sacar toda una serie partidas gratis. Una bullente y plateada marejada de fosfeno atravesó mi campo visual mientras la matriz comenzaba a desplegarse en mi cabeza, un ajedrez tridimensional, infinito y perfectamente transparente. El programa ruso pareció dar unos tumbos cuando entrábamos en la cuadrícula. Si algún otro hubiese estado conectado a aquella parte de la matriz, tal vez habría visto una oscilante ola de sombra que salía de la pequeña pirámide amarilla que representaba a nuestro ordenador. El programa era un arma mimética, diseñada para absorber el color local y presentarse como una irrupción de emergencia prioritaria en cualquier contexto que encontrase.

–Felicitaciones –oí que decía Bobby–. Acabamos de convertirnos en una sonda de inspección de la Autoridad de Fisión del Litoral Éste... –Eso significaba que estábamos despejando líneas de fibra óptica con el equivalente cibernético de una sirena de bomberos, pero en la matriz de simulación era como si estuviésemos corriendo directamente hacia la base de datos de Cromo. Aún no alcanzaba a verla, pero sabía que aquellos muros estaban esperando. Muros de sombra, muros de hielo

Cromo: cara bonita de niña, lisa como acero, con ojos que se habrían sentido cómodos en el fondo de una profunda fosa del Atlántico, ojos fríos y grises que vivían bajo una presión terrible. Decían que ella misma preparaba los cánceres para la gente que la traicionaba, variaciones barrocas a la medida, que tardaban años en matarte. Se decían muchas cosas de Cromo, ninguna de ellas tranquilizadora.

Así que la tapé con una imagen de Rikki. Rikki arrodillada en un haz de polvorienta luz solar que entraba oblicuamente en la buhardilla por una rejilla de acero y vidrio: los descoloridos pantalones militares de camuflaje, las translúcidas sandalias rosadas, la hermosa línea de la espalda mientras revolvía en un bolso de nailon lleno de herramientas. Levanta la mirada, y un rizo casi rubio cae y le hace cosquillas en la nariz. Sonriendo, abotonándose una vieja camisa de Bobby, un raído caqui de algodón que le cubre los senos.

Sonríe.

–Qué hijo de puta –dijo Bobby–. Acabamos de decirle a Cromo que somos una auditoría de la IRS y tres citaciones de la Corte Suprema... Agárrate fuerte, Jack...

Hasta la vista, Rikki. Quizá no vuelva a verte nunca más.

Y hay tanta, tanta oscuridad en los pasillos del hielo de Cromo.

Bobby era un vaquero, y el hielo, de ICE, Intrusion Countermeasures Electronics, era la esencia del juego de Bobby. La matriz es una representación abstracta de las relaciones entre sistemas de datos. Los programadores legítimos entran en conexión con el sector de la matriz de sus jefes y se encuentran rodeados por luminosas formas geométricas que representan la información empresarial.

Torres y campos de información ordenados en el incoloro no-espacio de la matriz de simulación, la alucinación consensual que facilita la manipulación y el intercambio de enormes cantidades de data. Los programadores legítimos nunca ven los muros de hielo tras

los que trabajan, los muros de sombra que ocultan sus operaciones a los demás, a los artistas del espionaje industrial y a los buscavidas como Bobby Quine.

Bobby era un vaquero. Bobby era un pirata informático, un ladrón que estudiaba el extendido sistema nervioso electrónico de la humanidad, que robaba datos y cuentas en la abarrotada matriz, el monocromático no-espacio donde las únicas estrellas son densas concentraciones de información, y en lo alto de todo eso arden las galaxias corporativas y los fríos brazos espirales de los sistemas militares.

Bobby era otro de esos rostros maduro-juveniles que se ven bebiendo en el Gentleman Loser, el bar chic de los vaqueros informáticos, los cuatreros, los saqueadores cibernéticos. Éramos socios.

Bobby Quine y Automatic Jack. Bobby es el tipo delgado, pálido, de gafas oscuras, y Jack es el cara-de-malo, el del brazo mioeléctrico. Bobby es software y Jack es hard; Bobby teclea en la consola y Jack se encarga de todos los detalles que pueden darte ventajas. 0 al menos eso es lo que los testigos presenciales del Gentleman Loser te habrían dicho, antes de que Bobby decidiese quemar a Cromo. Pero también te podrían haber dicho que Bobby estaba perdiendo el filo, perdiendo velocidad. Tenía veintiocho años, Bobby, y eso es ser viejo para un vaquero de consola.

Ambos éramos buenos en lo que hacíamos pero, por alguna razón, no nos caía un buen paquete. Yo sabía dónde ir a buscar el equipo adecuado, y Bobby estaba siempre al pie del cañón. Se sentaba con una cinta de toalla blanca alrededor de la frente y movía las manos por el teclado más rápido de lo que uno podía seguir con los ojos, abriéndose paso entre los más sofisticados hielos del ambiente empresarial, pero eso era cuando pasaba algo que conseguía interesarlo a fondo, lo que no ocurría a menudo. No andaba muy motivado, Bobby, y yo era la clase de tipo que se contenta con tener el alquiler cubierto y una camisa limpia que ponerse.

Pero Bobby tenía esa cosa con las chicas, como si fueran su tarot privado o algo así, por el modo en que actuaba. Nunca hablábamos de eso, pero cuando empezó a parecer que estaba perdiendo facultades, aquel verano, se dedicó a pasar más tiempo en el Gentleman Loser. Se sentaba a una mesa cerca de las puertas abiertas para observar al gentío que pasaba por delante; noches en las que los insectos se arrojaban contra el neón y el aire olía a perfume y a comida rápida. Veías sus gafas de sol explorando rostros que pasaban, y debió de haber llegado a la conclusión de que Rikki era la que estaba esperando, el comodín, la que le cambiaría la suerte. La nueva.

Fui a Nueva York a inspeccionar el mercado, a ver qué era lo último que había salido en software.

La casa del finlandés tiene un holograma defectuoso en la ventana, METRO HOLOGRAFIX, y más abajo una exposición de moscas muertas con chaquetas de polvo gris. Adentro, la chatarra llega hasta la cintura, montones que suben hasta paredes apenas visibles detrás de cacharrossin nombre, detrás de vencidos anaqueles de madera contrachapada atiborrados de viejas revistas pornográficas y colecciones anuales de la National Geographic, con lomos amarillos.

–Necesitas una pistola –dijo el finlandés. El finlandés parece un proyecto de recombinación de ADN ideado para producir gente dotada de alta velocidad en la construcción de madrigueras–. Estás de suerte. Tengo la nueva Smith & Wesson, la cuatro-cero-ocho Táctica. Tiene este proyector de xenón acoplado debajo del cañón, mira, lleva las pilas en la culata, te dispara un círculo de treinta centímetros de pleno mediodía a cincuenta metros en la oscuridad total. La fuente de luz es tan fina que es casi imposible detectarla. Es como vudú en una pelea nocturna.

Dejé caer el brazo de golpe sobre la mesa y me puse a tamborilear con los dedos; los servos de la mano empezaron a zumbar como mosquitos cansados. Sabía que el finlandés odiaba ese ruido.

– ¿Quieres empeñar eso? –Me tocó la articulación de duraluminio de la muñeca con el

tubo mordisqueado de un rotulador de felpa.– ¿Buscas acaso algo un poco más silencioso?

Seguí tamborileando. –No necesito ninguna pistola, finlandés.

– Está bien –dijo–, está bien –y dejé de tamborilear–. Sólo tengo esto, y ni siquiera sé qué es. –Parecía triste.–Se lo compré a unos pequeños rateros de Jersey la semana pasada.

– ¿Cuándo has comprado algo que no sabes lo que es, finlandés?

–Qué listo eres. –Y me pasó un sobre transparente con algo que a través del acolchado de burbujas parecía un cassette de audio.– Tenían un pasaporte –dijo–. Tenían trajetas de crédito y un reloj. Y eso.

–Tenían el contenido de los bolsillos de alguien, quieres decir.

El finlandés asintió. –El pasaporte era belga. Y también falsificado, me dio la impresión, así que lo eché al horno junto con las tarjetas. El reloj estaba bien, un Porsche, bonito reloj.

Era, evidentemente, una especie de programa militar de conexión. Fuera del sobre, parecía el magazine de un pequeño rifle de asalto, revestido con plástico negro. En los bordes y las esquinas se veía metal brillante; había andado un buen rato rodando por ahí.

– Te voy a cobrar una miseria, Jack. Que sea por los viejos tiempos.

Tuve que sonreír. Que el finlandés te diera algo por una miseria era como si Dios revocase la ley de gravedad cuando tienes que cargar una maleta pesada por un corredor de aeropuerto de diez manzanas de largo.

–A mí me parece ruso –dije–. Probablemente sea el control de emergencia de las cloacas de algún barrio de Leningrado. Justo lo que necesito.

–Mira –dijo el finlandés–, tengo un par de zapatos que son más viejos que tú. A veces me parece que tienes tanta clase como esos patanes de Jersey. ¿Qué quieres que te diga, que son las llaves del Kremlin? Averigua tú qué es eso. Yo sólo lo vendo.

Lo compré.

Incorpóreos, entramos bruscamente en el castillo de hielo de Cromo. Y vamos rápido, rápido. La sensación es como si estuviésemos haciendo surf en la cresta del programa invasor, suspendidos por encima de los furiosos sistemas de protección que van mutando. Somos manchas vivas de aceite empujadas por pasillos de sombra.

En algún lugar tenemos cuerpos, muy lejos, en una atestada buhardilla con techo de acero y vidrio. En algún lugar nos quedan microsegundos, quizá tiempo suficiente para salir.

Hemos derribado las puertas, disfrazados de auditores y con tres citaciones, pero las defensas de Cromo están especialmente equipadas para enfrentar ese tipo de intrusión oficial. Su hielo más sofisticado está estructurado para rechazar órdenes de detención, ejecutorias, citaciones. Cuando rompimos la primera puerta, el grueso de los datos de Cromo se desvaneció tras un hielo de comando central, esas paredes que vemos como leguas de pasillos, como laberintos de sombra. Cinco líneas de tierra separadas dispararon señales de auxilio a bufetes jurídicos, pero el virus ya se había apoderado del hielo parámetro. Los sistemas de defensa engullen las llamadas de peligro mientras nuestros subprogramas miméticos rastrean cualquier cosa que no haya sido anulada por el comando central.

El programa ruso recoge un número de Tokio entre los datos descubiertos: elige por la frecuencia de llamadas, la duración promedio de las llamadas, la velocidad con que Cromo respondió.

–De acuerdo -dice Bobby-, somos una llamada desmoduladora que le hace un compinche desde Japón. Debería servir.

Móntalos, vaquero.

Bobby leía su futuro en las mujeres; sus chicas eran presagios, cambios de clima, y se sentaba toda la noche en el Gentleman Loser, a esperar que la estación le pusiera un rostro nuevo delante, como una carta.

Una noche me había quedado a trabajar hasta tarde en la buhardilla, puliendo un chip,

con el brazo quitado y el pequeño waldo conectado directamente al muñón.

Bobby llegó con una chica que yo no había visto antes, y por lo general me siento un poco incómodo cuando un desconocido me ve trabajando así, con esos cables sujetos a los conmutadores de carbono duro que me salen del muñón. La chica se acercó en seguida y se puso a mirar la imagen ampliada en la pantalla; entonces vio el waldo, que se movía bajo su cubierta antipolvo sellada al vacío. No dijo nada, sólo miró. En seguida sentí simpatía por ella; a veces es así.

–Automatic Jack, Rikki. Es mi socio.

Bobby se echó a reír, le abrazó la cintura; algo en el tono de su voz me decía que me tocaba pasar aquella noche en un mugriento cuarto de hotel.

–Hola –dijo ella. Alta, diecinueve, tal vez veinte años, y sin lugar a dudas atractiva. Con esas pocas pecas en lo alto de la nariz, y ojos a medio camino entre ámbar oscuro y café francés. Tejanos negros y ceñidos, recogidos hasta media pantorrilla, y un angosto cinturón de plástico que combinaba con las sandalias rosadas.

Pero ahora, cuando a veces la veo, al tratar de dormir, la veo en algún sitio al borde de todo este tendido de ciudades y humo, y es como si fuera un holograma atascado detrás de mis ojos, con un vestido brillante que alguna vez debió llevar, cuando la conocí, algo que no le llegaba a las rodillas. Piernas desnudas, largas y rectas. Un viento que viene de algún lugar le revuelve el pelo castaño salpicado de rubio que le rodea la cara, y la veo diciendo adiós con la mano.

Bobby fingía buscar algo en una hilera de cassettes.

–Ya me voy, vaquero –dije, desconectando el waldo. Ella me miró mientras yo me ponía el brazo de vuelta.

–¿Sabes arreglar cosas? –preguntó.

–Lo que sea, lo que quieras; Automatic Jack arregla todo. –Abrí de golpe los dedos de duraluminio para que los viese.

Se sacó un diminuto reproductor de simestim del cinturón y me enseñó la bisagra rota de la tapa de cassettes. –Mañana –dije–, no hay problema.

Ay, ay, ay, me dije mientras el sueño me hacía bajar los seis pisos hasta la calle, ¿cuál será la suerte de Bobby con un bizcocho de la buenaventura como ésa? Si su sistema funciona, una de estas noches nos hacemos ricos. Ya en la calle, sonriendo, bostezando, paré un taxi con la mano.

El castillo de Cromo se disuelve, láminas de sombra de hielo parpadean y desaparecen, devoradas por los sistemas de alteración que salen en espirales del programa ruso, alejándose a tumbos de nuestro ataque central e infectando la propia configuración del hielo. Los sistemas de alteración son análogos virales cibernéticos, autoreproductores y voraces. Están en constante y simultánea mutación, subvirtiendo y absorbiendo las defensas de Cromo.

¿Ya la hemos paralizado, o hay una alarma sonando en alguna parte, una luz roja que parpadea? ¿Lo sabe ella?

Rikki Wildside, la llamaba Bobby, y durante aquellas primeras semanas a ella le debió parecer que lo tenía todo, todo el espectáculo, rebosante, desplegado para ella, agudo y brillante bajo el neón. Era nueva en el ambiente, y tenía todos esos kilómetros de paseos y plazas para merodear, todas las tiendas y los clubes, y a Bobby para explicarle el lado oscuro, la engañosa tramoya del reverso de las cosas, todos los jugadores y sus nombres y sus juegos. Bobby la hacía sentirse en casa.

–¿Qué te pasó en el brazo? –me preguntó una noche en el Gentleman Loser; estábamos los tres bebiendo en una mesa pequeña en un rincón.

–Volando en ala delta –le dije–; un accidente.

–Volando en ala delta sobre un campo de trigo –dijo Bobby–, en un sitio llamado Kiev. Nuestro Jack está suspendido en la oscuridad bajo un ala delta negra, con cincuenta kilos de

equipo para interferencia de radar entre las piernas, y un ruso imbécil viene y le quema el brazo con un láser.

No recuerdo cómo hice para cambiar de tema, pero lo hice.

Aún estaba diciéndome a mí mismo que no era Rikki lo que me incomodaba, sino lo que Bobby estaba haciendo con ella. Lo conocía desde hacía mucho tiempo, desde el final de la guerra, y sabía que utilizaba a las mujeres como contrincantes, Bobby Quine versus la fortuna, versus el tiempo y la noche de las metrópolis. Y

Rikki apareció justamente cuando él necesitaba algo que lo mantuviese en movimiento, algo a donde apuntar. Así que la puso como símbolo de todo cuanto quería y no podía tener, de todo cuanto tenía y no podía conservar.

No me gustaba tener que escucharle decir cuánto la amaba, y saber que lo creía sólo empeoraba la cosa. Era un maestro de las caídas duras y las recuperaciones rápidas, y ya había visto eso unas doce veces. Podía haberse hecho imprimir LA SIGUIENTE en mayúsculas fosforescentes en las gafas de sol, un letrero listo para destellar ante la primera cara interesante que pasara entre las mesas del Gentleman Loser.

Yo sabía lo que les hacía. Las convertía en emblemas, signos cabalísticos en el mapa de su vida de pirata, faros de navegación que podía seguir en un océano de bares y neón. ¿Qué más tenía para orientarse? No amaba el dinero, ni en sí ni por lo que representaba, o no lo amaba lo suficiente para seguir sus luces. No trabajaba para obtener poder sobre otra gente: odiaba la responsabilidad que eso conlleva. Sentía un orgullo elemental por sus habilidades, pero eso nunca bastaba para darle empuje.

Por eso se las arreglaba con las mujeres.

Cuando Rikki apareció, necesitaba una por sobre todas las cosas. Se estaba opacando rápido, y el dinero electrónico ya susurraba que estaba perdiendo el temple. Necesitaba ese golpe de suerte, y pronto, porque no conocía otro modo de vivir, y todos sus relojes estaban puestos para medir el tiempo de un buscavidas, calibrados para el riesgo y la adrenalina y esa excelsa calma de amanecer que sobreviene cuando todas las jugadas han salido bien y una dulce y gruesa tajada de cuenta ajena entra en la tuya con un suave clic.

Ya era hora de que empacara y se marchase; por eso puso a Rikki más alto y más lejos de lo que ninguna de las otras había estado nunca, aunque –y tuve la tentación de gritárselo– ella estuviese ahí mismo, viva, totalmente real, humana, hambrienta, flexible, aburrida, bella, excitada, todo lo que ella era...

Entonces él salió una tarde, como una semana antes de que yo me fuera a Nueva York a ver al finlandés. Salió y nos dejó allí, en la buhardilla, esperando una tormenta. La mitad del tragaluz estaba ensombrecido por una bóveda que nunca terminaron de construir, y por la otra mitad se veía el cielo, negro y azul a causa de las nubes. Yo estaba de pie junto a la mesa de trabajo, atontado por el calor de la tarde, por la humedad; y ella me tocó, me tocó el hombro, el medio centímetro de tensa, rosada cicatriz que el brazo no cubre. Nunca me habían tocado allí; habían seguido hasta el hombro, el cuello...

Pero ella no hizo eso. Tenía las uñas laqueadas de negro, no en punta sino ahusadas, y la laca era un tono más oscuro que la lámina de fibra de carbono que me cubre el brazo. Y su mano me bajó por el brazo, siguiendo con las uñas negras una costura de la lámina, la articulación anodizada del codo, hasta la muñeca, esa mano de nudillos suaves como de niña, abriendo los dedos para cerrarlos sobre los míos, la palma contra el duraluminio perforado.

La otra palma subió y me rozó las plataformas de retroalimentación; y llovió toda la tarde, gotas que tamborilearon en el acero y el vidrio manchado de hollín que techaban la cama de Bobby.

Los muros de hielo se alejan como mariposas supersónicas hechas de sombra. Detrás de ellos, una ilusión de la matriz: espacio infinito. Es como ver una filmación del ensamblaje de un edificio prefabricado; sólo que la cinta corre al revés, y a alta velocidad, y esas paredes son alas rotas.

Tratando de recordarme que este sitio y los abismos que se abren más allá son sólo representaciones, que no estamos «en» la computadora de Cromo, sino en interfaz con ella, mientras el simulador de matriz de la buhardilla de Bobby genera esta ilusión... La información del núcleo comienza a asomar, expuesta, vulnerable... Ése es el otro lado del hielo, la panorámica de la matriz que nunca había visto, la panorámica que quince millones de legítimos operadores de consola ven diariamente como si nada.

La información del núcleo se alza a nuestro derredor como trenes de carga verticales, codificada por colores para acceder a ella. Brillantes colores primarios, de un brillo imposible en aquel vacío transparente, conectados por innumerables horizontales de color azul y rosa.

Pero el hielo todavía oscurece algo en el centro de todo: el corazón de la costosa oscuridad de Cromo, el propio corazón...

Eran las últimas horas de la tarde cuando regresé de mi expedición de compras en Nueva York. No entraba mucho sol por el tragaluz, pero en la pantalla del monitor de Bobby brillaba una representación gráfica bidimensional de las defensas computarizadas de alguien, líneas de neón que se entretejían corno en una alfombra de oraciones Art Deco. Apagué la consola y la pantalla quedó totalmente oscura.

Las cosas de Rikki estaban esparcidas en mi mesa de trabajo, bolsos de nailon atiborrados de ropa y maquillaje, un par de botas vaqueras rojo brillante, cassettes de audio, lustrosas revistas japonesas que hablaban de estrellas del simestim. Metí todo debajo de la mesa y me quité el brazo, olvidando que el programa que le había comprado al finlandés estaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta, así que tuve que buscarlo con la mano izquierda y engancharlo con las pinzas acolchadas del alicate de orfebre.

El waldo parece una antigua platina de audio, de esas que llevaban los tocadiscos, con la prensa de tornillo instalada bajo una cubierta antipolvo transparente. El brazo mide poco más de un centímetro, y se balancea sobre lo que habría sido en otro tiempo el brazo del pick-up. Pero yo no miro eso una vez que me he conectado los cables almuñón; solamente me fijo en el aumento, porque eso es lo que tiene mi brazo allí, en blanco y negro: cuarenta aumentos.

Verifiqué las herramientas y escogí el láser. Parecía un poco pesado, así que bajé la escala de entrada del sensor de peso a un cuarto de kilo por gramo y me puse a trabajar. Con cuarenta aumentos, el lateral del programa parecía un camión remolque.

Hicieron falta ocho horas de trabajo para abrirlo: tres horas con el waldo y el láser y cuatro docenas de intervenciones, dos horas al teléfono con un contacto de Colorado, y tres horas para descargar un disco lexicón que pudiera traducir ruso técnico de ocho años de antigüedad.

Los alfanuméricos cirílicos comenzaron a correr por el monitor, doblándose al inglés a mitad de camino. Había muchos espacios en blanco, donde el lexicón se encontraba con siglas militares especializadas en el lector que le había comprado a mi contacto en Colorado, pero así pude hacerme una idea de la cosa que le había comprado al finlandés.

Me sentí como un punk que hubiera salido a comprar una navaja automática y volviera a casa con una pequeña bomba de neutrones.

Otra vez me estafaron, pensé, ¿De qué sirve una bomba de neutrones en una pelea callejera? El trasto que tenía bajo la cubierta antipolvo superaba mis capacidades. Ni siquiera sabía dónde descargarlo, dónde encontrar un comprador. Alguien lo había comprado, pero estaba muerto, alguien que tenía un reloj Porsche y un pasaporte belga falsificado, pero yo nunca había intentado moverme en esos círculos. Los rateros del finlandés habían tropezado con alguien que tenía contactos muy altos y secretos.

El programa que tenía en la prensa de tornillo era un rompehielos militar ruso, un programa de virus asesinos.

Amanecía cuando Bobby reapareció. Venía solo. Yo me había quedado dormido con una bolsa de sandwiches en el regazo.

–¿Quieres comer? –le pregunté, sin despertar del todo, ofreciéndole los sandwiches. Había estado soñando con el programa, con sus olas de hambrientos sistemas de alteración y

subprogramas miméticos; en el sueño, era una especie de animal, amorfo y fluido.

Bobby apartó la bolsa con un ademán mientras se acercaba a la consola. Pulsó una tecla de función. La pantalla se iluminó con el intrincado diseño que había visto aquella tarde. Me froté los ojos con la mano izquierda para quitarme el sueño, cosa que no puedo hacer con la derecha. Me había quedado dormido tratando de decidir si decirle lo del programa. Quizá debería venderlo por mi cuenta, quedarme con el dinero, marcharme a algún sitio nuevo, pedirle a Rikki que se fuera conmigo.

–¿De quién es? –pregunté.

Bobby estaba allí con un mono de algodón negro, una vieja chaqueta de cuero sobre los hombros, como una capa. Hacía días que no se afeitaba, y tenía la cara más delgada que de costumbre.

– Es de Cromo –dijo.

El brazo se me sacudió convulsivamente, empezó a hacer ruidos metálicos; miedo traducido a mioelectricidad a través de los conmutadores de carbón. Se me cayeron los sandwiches; verduras muertas y rodajas amarillas y brillantes de derivados lácteos en el suelo de madera sin barrer.

– Estás loco –dije.

–No –dijo él–, ¿te parece que se ha dado cuenta? Qué va. Ya estaríamos muertos. Me acoplé con ella mediante un sistema triple-ciego alquilado en Mombasa y un satélite de comunicaciones argelino. Ella sabía que alguien andaba merodeando, pero no pudo descubrir el rastro.

Si Cromo hubiese rastreado lo que Bobby le hizo con el hielo, ya estaríamos más que muertos. Pero quizá él tuviera razón; si no, ella me habría hecho saltar mientras regresaba de Nueva York.

–¿Por qué ella, Bobby? Dame una sola razón...

Cromo: la habré visto quizá unas seis veces en el Gentleman Loser. Quizá anduviera de ronda por los bajos fondos, o estudiando la condición humana, condición a la que ella no aspiraba precisamente. Una dulce carita en forma de corazón, con los ojos más repulsivos que jamás se hayan visto. Tenía aspecto de quinceañera desde hacía más tiempo del que nadie pudiese recordar, con el metabolismo alterado por un masivo programa de sueros y hormonas. Era la cosa más fea que la calle había producido, pero ya no pertenecía a la calle. Cromo era uno de los Muchachos, reconocido miembro del grupo local de la mafia. Se decía que había empezado como traficante, en la época en que las hormonas sintéticas de pituitaria estaban aún proscritas. Pero no tuvo que pasar mucho tiempo traficando hormonas. Ahora era dueña de la Casa de las Luces Azules.

–Estás loco de atar, Quine. Dame una razón sensata para tener eso en tu pantalla. Deberías borrarlo ya...

– Oí una charla en el Loser –dijo, quitándose la chaqueta de cuero–. Black Myron y Crow Jane. Jane controla todos los negocios sexuales, dice saber a dónde va el dinero. Por eso le discute a Myron que Cromo es el interés dominante en las Luces Azules y no sólo un testaferro de los Muchachos.

– Los Muchachos, Bobby –dije–. Ésa es la palabra clave. ¿Todavía lo puedes entender? Nosotros no nos metemos con los Muchachos, ¿recuerdas? Por eso es que seguimos caminando.

–Por eso seguimos siendo pobres, socio –Se sentó en la silla giratoria frente a la consola, abrió la cremallera del mono y se rascó el pecho escuálido y blanco.– Pero tal vez no lo sigamos siendo por mucho tiempo más.

–Creo que esta sociedad quizá acaba de disolverse para siempre.

Entonces me sonrió. Fue una sonrisa verdaderamente loca, salvaje y concentrada, y supe en seguida que de verdad morir le importaba un cuerno.

–Mira –dije–, me queda algo de dinero, ¿sabes? Por qué no lo aceptas y te vas en tren a Miami y tomas un saltamontes a Montego Bay. Necesitas un descanso, hermano. Tienes que

cargarte las pilas.

–Las pilas, Jack –dijo, tecleando algo en la consola– nunca las he tenido más cargadas. –La alfombra oriental de neón de la pantalla se estremeció y despertó al arrancar un programa de animación; líneas de hielo que se trenzaban con hipnótica frecuencia, un mandala viviente. Bobby siguió tecleando, y el movimiento se redujo; el patrón se volvió más nítido y un poco menos complejo, y empezaron a alternarse dos configuraciones distantes. Un trabajo de primera, y yo que no pensaba que aún fuese tan bueno.– Ahora –dijo–, ahí está, ¿lo ves? Espera. Ahí. Ahí está otra vez. Y ahí. Es fácil perderla. Eso es. Entra cada hora y veinte minutos con una transmisión al satélite de comunicaciones. Podríamos vivir un año con lo que les paga cada semana en intereses negativos.

–¿Qué satélite usa?

–El Zürich. Sus banqueros. Allí tiene su cuenta, Jack. Allí es adonde va el dinero. Crow Jane tenía razón.

Seguí allí inmóvil. Mi brazo se había olvidado de hacer ruido.

–¿Y cómo te fue en Nueva York, socio? ¿Encontraste algo que me ayude a cortar hielo? Vamos a necesitar todo lo que podamos conseguir.

Seguí mirándolo a los ojos, esforzándome por a no mirar hacia el waldo, el torno de orfebre. Allí estaba el programa ruso, bajo la cubierta antipolvo.

Comodines, cambiasuertes.

–¿Dónde está Rikki? –le pregunté, acercándome a la consola, fingiendo estudiar las figuras que se alternaban en la pantalla.

–Con unos amigos –se encogió de hombros–, unos chicos, todos están metidos con el simestim. –Sonrió distraídamente.– Voy a hacerlo por ella, hermano.

–Voy a salir un rato a pensarlo, Bobby. Si quieres que regrese, no toques el teclado.

–Lo hago por ella –dijo mientras la puerta se cerraba a mis espaldas–. Sabes que sí.

Y ahora abajo, abajo; el programa es una montaña rusa que atraviesa este raído laberinto de muros de sombra, grises espacios catedralicios entre torres brillantes. Velocidad de vértigo.

Hielo negro. No pienses en eso. Hielo negro.

Demasiadas historias en el Gentleman Loser; el hielo negro forma parte de la mitología. Hielo que mata. Es ilegal, pero, ¿acaso no lo somos todos? Una especie de arma de retroalimentación neuronal, con la que sólo se conecta una vez. Es como una espantosa Palabra que se come el cerebro de adentro hacia afuera. Como un espasmo epiléptico que sigue y sigue hasta que no queda nada en absoluto...

Y estamos zambulléndonos hacia el suelo del castillo de sombras de Cromo.

Trato de prepararme para el repentino paro respiratorio, un malestar y un relajamiento final de los nervios. Miedo de esa fría Palabra que espera allí abajo, en la oscuridad.

Salí a buscar a Rikki y la encontré en un café con un chico de ojos Sendai, al que le salían de las magulladas cuencas unas líneas de sutura a medio cicatrizar. Rikki tenía un catálogo de papel brillante abierto sobre la mesa; Tally Isham sonreía en una docena de fotos, la Chica de los Ojos Zeiss Ikon.

La pequeña unidad de simestim, la que le había reparado al día siguiente de conocerla, era una de las cosas que había guardado bajo la mesa de trabajo la noche anterior. Pasaba horas conectada a la unidad, con la banda de contacto cruzándole la frente como una tiara de plástico gris. Tally Isham era su favorita, y con la banda de contacto encendida se perdía, se perdía en algún lugar del sensorio grabado de la estrella más grande del simestim. Estímulos simulados: el mundo –o al menos todas las partes interesantes– tal como lo percibe Tally Isham. Tally piloteaba un Fokker negro sobre las mesetas de Arizona. Tally buceaba en la reserva de la isla Truk. Tally asistía a fiestas con los super ricos en islas griegas privadas, pureza desgarradora de blancos y diminutos puertos al amanecer.

En realidad se parecía mucho a Tally, la misma tez y los mismos pómulos. Me parecía

que la boca de Rikki era más fuerte. Más insolente. Ella no quería ser Tally Isham, pero le envidiaba el trabajo. Esa era su ambición, estar en el simestim. Bobby se burlaba de ella. En cambio a mí me hablaba del asunto. –¿Cómo me vería con un par de esos? –me preguntó una vez, mostrándome una foto a toda página, los Zeiss Ikon azules de Tally Isham, a la altura de los suyos, marrón ambarino. Se había operado las córneas dos veces, pero aún no llegaba a 20-20; por eso quería Ikons. Marca de las estrellas. Muy caros.

–¿Sigues mirando ojos en los escaparates? –le pregunté al sentarme.

– Tiger acaba de ponerse unos –dijo. Se veía cansada, me pareció.

Tiger estaba tan contento con sus Sendais que no podía evitar sonreír, pero dudé que en otras situaciones sonriera. Tenía esa especie de belleza de uniforme que se adquiere después del séptimo viaje a la boutique quirúrgica; y probablemente pasaría el resto de su vida pareciéndose vagamente al personaje más famoso de la farándula de cada nueva temporada; sin ser una copia demasiado obvia, pero nada original tampoco.

– Sendai, ¿verdad? –Le devolví la sonrisa.

Asintió con la cabeza. Vi cómo trataba de estudiarme con lo que para él era la mirada de un profesional del simestim. Fingía estar grabando. Me pareció que se demoraba demasiado en mi brazo. –Serán estupendos para la visión periférica cuando el músculo haya cicatrizado –dijo, y vi con qué cuidado movía la mano para levantar la taza de exprés doble. Los ojos Sendai son famosos por los defectos de percepción en profundidad y porque garantizan problemas, entre otras cosas.

–Tiger se va a Hollywood mañana.

–Y de allí tal vez a Chiba City, ¿no es así? –Le sonreí. No me devolvió la sonrisa.– ¿Tienes una oferta, Tiger? ¿Conoces a un agente?

– Sólo voy a echar un vistazo –dijo en voz baja. Entonces se levantó y se fue. Se despidió rápidamente de Rikki, pero no de mí.

– Los nervios ópticos de ese chico pueden empezar a deteriorarse dentro de seis meses. ¿Sabes eso, Rikki? Los Sendais son ilegales en Inglaterra, en Dinamarca, en muchos sitios. No se puede reemplazar los nervios.

-Jack, no vengas con discursos. –Me robó un croissant y mordisqueó una de las puntas.

– Creía que yo era tu consejero, niña.

– Sí. Bueno, Tiger no es muy rápido, pero todo el mundo sabe lo de los Sendais. Es lo único que él se puede comprar, así que corre el riesgo. Si consigue trabajo podrá cambiárselos.

– ¿Por esos? –Di un golpe en el catálogo de Zeiss Ikon.

–Mucho dinero, Rikki. Tú eres suficientemente lista como para no correr ese riesgo.

Rikki asintió. –Quiero Ikons.

–Si subes a ver a Bobby, dile que se quede quieto hasta que hable con él.

–Bien. ¿Negocios?

–Negocios –dije. Pero eran locuras.

Me tomé el café y ella se comió mis dos croissants. Luego la acompañé hasta la casa de Bobby. Hice quince llamadas, cada una desde una cabina diferente.

Negocios. Locura rematada.

Entre una cosa y otra, tardamos seis semanas en preparar el incendio, seis semanas con Bobby diciéndome cuánto la quería. Me esforcé todavía más, intentando alejarme de aquello.

Casi todo fueron llamadas telefónicas. Era como si cada una de mis primeras y muy indirectas quince averiguaciones hubieran engendrado quince más. Buscaba un determinado servicio que Bobby y yo imaginábamos como un requisito de la economía clandestina del mundo, pero para el que tal vez nunca hubiera cinco clientes simultáneos. Era un servicio que jamás se anunciaría.

Buscábamos la tapadera más pesada del mundo, una lavandería de dinero no alineada que fuera capaz de lavar en seco una megafortuna transferida electrónicamente y olvidarse del asunto después.

Todas esas llamadas fueron finalmente una pérdida de tiempo, porque fue el finlandés quien me puso en la pista de lo que estaba buscando. Había ido a Nueva York a comprar un dispositivo de caja negra, pues estábamos arruinándonos con tantas llamadas.

Le planteé el problema de la manera más hipotética posible.

–Macao –me dijo.

–¿Macao?

–La familia del Zumbido Largo. Agentes de bolsa. Hasta tenía el número. Si buscas un traficante, pregúntale a otro traficante.

La gente del Zumbido Largo era tan poco directa que hizo que mi idea de un acercamiento sutil pareciese un bombardeo nuclear táctico. Bobby tuvo que hacer dos viajes a Hong Kong para cerrar adecuadamente el acuerdo. Nos estábamos quedando sin capital, y rápido. Todavía no sé por qué decidí participar en esto, para empezar; me asustaba Cromo, y la verdad es que nunca me había vuelto muy loco por hacerme rico.

Traté de decirme que quemar la Casa de las Luces Azules era una buena idea pues se trataba de un lugar horroroso, pero no lograba convencerme. No me gustaba

Luces Azules porque una vez había pasado allí toda una noche muy deprimido, pero ésa no era una excusa para atacar a Cromo. En realidad, casi daba por sentado que moriríamos en el intento. Incluso con aquel programa asesino, las probabilidades no estaban precisamente a nuestro favor.

Bobby estaba perdido escribiendo la cadena de órdenes que introduciríamos en el núcleo del ordenador de Cromo. Ese sería mi trabajo, porque Bobby tendría las manos ocupadas impidiendo que el programa ruso entrase directo a matar. Era demasiado complejo para reescribirlo; por eso iba a tratar de sujetarlo los dos segundos que yo necesitaba.

Hice un trato con un camorrero llamado Miles. Miles seguiría a Rikki la noche del incendio, para no perderla de vista, y me llamaría a una hora determinada. Le dije que si yo no estaba, o no respondía de cierta manera, la agarrase y la pusiese en el primer tren. Le di un sobre para que se lo diera a ella: dinero y una nota.

En realidad Bobby no había pensado mucho en eso, en cómo le iría a ella si todo nos salía mal. No hacía más que decirme que la quería, a dónde iban a marcharse juntos, cómo gastarían el dinero..

–Primero cómprale un par de Ikons, hermano. Es lo que quiere. Se ha tomado en serio eso de actuar en simestim.

–Oye –dijo, apartando la mirada del teclado–, no le hará falta trabajar. Lo vamos a conseguir, Jack. Ella es mi suerte. No tendrá que trabajar nunca más.

–Tu suerte –dije. No me sentía feliz. No recordaba cuándo me había sentido feliz–. ¿Has visto a tu suerte por ahí últimamente?

No la había visto, pero yo tampoco. Los dos habíamos estado demasiado ocupados.

La extrañaba. Al extrañarla me acordé de mi única noche en la Casa de las Luces Azules, pues había ido allí porque extrañaba a alguien. Me había emborrachado para empezar, y luego me puse a inhalar Vasopressin. Si tu gran amor te deja, el alcohol y el Vasopressin son lo último en farmacología masoquista; el alcohol te pone sensiblero y el Vasopressin te hace recordar, pero recordar de verdad. Clínicamente se emplea para atenuar la amnesia senil, pero la calle da su propio uso a las cosas. Así que lo que hice fue asegurarme una repetición ultraintensa de un mal asunto; el problema es que se mezcla lo bueno con lo malo. Corres a buscar trances de éxtasis animal y lo que encuentras es lo que dijiste, y lo que ella contestó, y cómo te dio la espalda y se fue y nunca miró hacia atrás.

No recuerdo haber decidido ir a las Luces Azules, ni cómo fui a parar allí, pasillos silenciosos y aquella cascada decorativa de tan mal gusto goteando en alguna parte, o a lo mejor era sólo un holograma de una cascada. Aquella noche yo tenía un montón de dinero: alguien le había pagado un fajo grande a Bobby por abrir una ventana de tres segundos en el hielo de otro.

No creo que a los de la puerta les gustara mi aspecto, pero supongo que mi dinero estaba

bien.

Seguí bebiendo allí después de haber hecho lo que había ido a hacer. Luego le conté un chiste al barman sobre necrofílicos encubiertos, y eso no cayó muy bien. Entonces vino un personaje que insistía en llamarme Héroe de Guerra, lo cual no me gustó. Creo que le enseñé algunos trucos con el brazo, antes de que se apagaran las luces, y desperté dos días más tarde en un rudimentario módulo dormitorio de algún sitio. Un sitio barato, donde ni siquiera había espacio para colgarse. Y me senté en aquel angosto colchón de gomaespuma y lloré.

Hay cosas peores que estar solo. Pero lo que venden en la Casa de las Luces Azules es tan popular que es casi legal.

En el corazón de las tinieblas, en el centro inmóvil, los sistemas de alteración despedazan la oscuridad con remolinos de luz, navajas translúcidas que se alejan de nosotros en rápida rotación; estamos suspendidos en el centro de una explosión silenciosa y lenta, y los fragmentos de hielo que se desmoronan para siempre y la voz de Bobby atraviesa años luz de electrónica ilusión de vacío...

–Quema a esa puta. No puedo sujetar este chisme...

El programa ruso subía entre torres de información, borroneando los colores de cuarto de niños. Y yo inserto el artesanal paquete de órdenes de Bobby en el centro del frío corazón de Cromo. Entra el chorro de transmisión, un latido de información condensada que sube como un disparo vertical, más alto que la cada vez más gruesa torre de oscuridad, el programa ruso, mientras Bobby se esfuerza por controlar ese segundo crucial. Un informe brazo de sombra se crispa en la oscuridad envolvente; demasiado tarde.

Lo hemos logrado.

La matriz se pliega a mi alrededor como un truco origami.

Y la buhardilla huele a sudor y a circuitos quemados. Me pareció oír gritar a Cromo, un ruido metálico, pero eso era imposible.

Bobby se reía, con lágrimas en los ojos. El tiempo transcurrido, indicado en la esquina del monitor, era de 07:24:05. El incendio había llevado poco menos de ocho minutos.

Y vi que el programa ruso se había fundido en la ranura.

Habíamos dado el grueso de la cuenta de Cromo en Zürich a una docena de sociedades benéficas de todo el mundo. Era demasiado lo que había allí para moverlo, y sabíamos que teníamos que romperla, quemarla en seguida; de lo contrario la tendríamos encima. Tomamos menos del diez por ciento para nosotros y lo disparamos hacia el tinglado de los Zumbido Largo, en Macao. Ellos se quedaron con el sesenta por ciento de eso y nos devolvieron el resto a través del sector más complicado de la bolsa de Hong Kong. Pasó una hora antes de que nuestro dinero empezase a llegar a las dos cuentas que habíamos abierto en Zürich.

Miré cómo se apilaban los ceros detrás de una cifra sin sentido en el monitor. Era rico.

Entonces sonó el teléfono. Miles. Casi olvidé la frase código.

–Eh, Jack, hermano, no sé...¿qué es lo que pasa con esa chica tuya? Aquí hay algo raro...

– ¿Qué? Dime...

– Estuve siguiéndola, como me dijiste, de cerca pero sin dejar que me vieran. Entró en el Loser, pasó allí un rato, luego se metió en el metro. Fue a la Casa de las Luces Azules...

– ¿Que qué?

– Por la puerta lateral. Sólo empleados. No hubo modo de que los de seguridad me dejaran pasar.

– ¿Está allí ahora?

–No, hermano, la acabo de perder. Aquello es una locura, como si Luces Azules acabara de cerrar, pero para siempre, siete alarmas diferentes sonando, todo el mundo corriendo, la policía con equipo antimotín... Ahora se ha armado la de siempre: gente de seguros, de propiedad inmobiliaria, camionetas con matrícula municipal...

–Miles, ¿a dónde iría?

–La perdí, Jack.

–Escucha, Miles, quédate con el dinero del sobre, ¿de acuerdo?

–¿Lo dices en serio? Eh, lo siento, de verdad, yo... Colgué.

–Espera a que se lo digamos –decía Bobby, frotándose el pecho desnudo con una toalla.

–Díselo tú, vaquero. Yo voy a dar una vuelta.

Y salí a la noche y al neón y dejé que el gentío me arrastrara, caminando a ciegas, forzándome a ser sólo un segmento de aquel organismo masivo, sólo un chip de conciencia a la deriva bajo las geodesias. No pensaba, sólo ponía un pie delante del otro, pero después de un rato sí pensé, y todo cobró sentido. Ella necesitaba el dinero.

Pensé también en Cromo. Que la habíamos matado, asesinado, con la misma certeza que si le hubiésemos cortado la garganta. La noche que me arrastraba por paseos y plazas la estaría acosando ahora, y ella no tenía a dónde ir. ¿Cuántos enemigos tendría sólo en aquel gentío? Cuántos empezarían a moverse, ahora que no temían su dinero? Le habíamos sacado todo lo que tenía. Ahora estaba otra vez en la calle. Dudaba de que viviese hasta el amanecer.

Finalmente recordé el café, el sitio donde había conocido a Tiger.

Las gafas de sol lo decían todo; gafas negras, enormes, con una delatora mancha de maquillaje color piel en la esquina de uno de los vidrios. –Hola, Rikki –dije, y estaba preparado cuando se las quitó.

Azules. Azul Tally Isham. El límpido azul de marca por el que son famosos, ZEISS IKON en diminutas mayúsculas rodeando cada iris, letras suspendidas allí como vetas de oro.

–Son preciosos –dije. Los hematomas estaban cubiertos de maquillaje. Con un trabajo tan bueno no quedan cicatrices–. Hiciste dinero.

–Hice, sí. –Y se estremeció.– Pero no voy a hacer más, al menos de esa manera.

–Creo que ese sitio ya no funciona.

–Ah. –Nada se le movía en la cara. Los ojos azules nuevos no se movían, y eran muy profundos.

–No tiene importancia. Bobby te espera. Acabamos de ganar un fajo de los gordos.

–No. Tengo que irme. Supongo que no lo va a entender, pero tengo que irme.

Asentí, viendo cómo mi brazo se alzaba para agarrarle la mano; era como si no fuera una parte mía, pero ella lo sujetó como si lo fuera.

–Tengo un billete de ida a Hollywood. Tiger conoce a gente con quien me puedo quedar. A lo mejor hasta llego a Chiba City.

Rikki tenía razón en cuanto a Bobby. Regresé con ella. El no entendió. Pero ella ya había cumplido su finalidad, para Bobby, y quise decirle que no sufriera por él, porque me di cuenta de que sufría. El ni siquiera salió al pasillo cuando ella hubo terminado de hacer las maletas. Se las bajé y la besé y le arruiné el maquillaje, y algo subió dentro de mí, como había subido el programa asesino sobre la información de Cromo. Un súbito paro respiratorio, en un sitio donde no hay palabras. Pero a ella la esperaba un avión.

Bobby estaba hundido en la silla giratoria delante del monitor, mirando su hilera de ceros. Tenía las gafas oscuras puestas, y supe que estaría en el Gentleman Loser hacia el anochecer, observando el clima, ansiando una señal, alguien que le dijera cómo sería su nueva vida. Yo no la veía muy diferente. Más cómoda, pero él siempre estaría esperando que cayese esa próxima carta.

Traté de no imaginarla en la Casa de las Luces Azules, trabajando en turnos de tres horas en una aproximación de sueño REM, mientras su cuerpo y un atado de reflejos condicionados se ocupaban del negocio. Los clientes nunca llegaban a quejarse de que eso era fingido, porque los orgasmos eran verdaderos. Pero los sentía, si es que los sentía, como tenues llamaradas de plata en algún punto de la frontera del sueño. Sí, es tan popular que casi es legal. Los clientes se desgarran entre necesitar a alguien y querer estar solos a la vez, lo que quizá haya sido siempre la esencia de ese juego en particular, incluso antes de que tuviéramos la neurolectrónica para permitir ambas opciones.

Agarré el teléfono y tecleé el número de su línea aérea. Di su nombre verdadero y el número de vuelo.

–Lo cambia –dije– para ir a Chiba City. Eso mismo, Japón. –Metí mi tarjeta de crédito en la ranura y tecleé mi código de identificación.– En primera. –Un zumbido distante mientras verificaban mi saldo. – Que sea un billete de ida y vuelta.

Pero supongo que vendió el billete de regreso, o no lo necesitó, porque no ha vuelto. Y a veces, muy tarde de noche, paso frente a escaparates con carteles de estrellas del simestim, todos esos ojos preciosos, idénticos, que me miran desde caras que son casi tan idénticas, y a veces los ojos son los de ella, pero ninguna de las caras lo es, ninguna es nunca la suya, y la veo muy a lo lejos en el borde de esta extensión de noche y de ciudades, y entonces dice adiós con la mano.